

PRESIDENCIA DEL SEÑOR ANGEL SASTRE

Diputados presentes: — Acuña, Aldao, Alvarez (A.), Alvarez (J. M.), Amenedo, Argañarás, Balestra, del Barco, Barraquero, Barraza, Bejarano, Bustamante, Campos, Cantón, Carbó, Carlés, Carreño, Castro, Cernadas, Contte, Cordero, Coronado, Correa, Crouzeilles, Delcasse, Demaría, Domínguez, Elordi, Ferrari, Figueroa, Fonrouge, Galiano, Garzón, Gigena, Gouchon, Grandoli, Guevara, Gutiérrez, Iriondo, Lacasa, Lagos, Latorre, Ledesma, Leguizamón, Lezica, Lucero, Luro, Machado, Martínez (J.), Martínez (J. A.), Martínez (J. E.), Martínez (M.), Martínez Rufino, Méndez, Monsalve, Moyano, Mugica, Oliver, Palacios, Parera, Parera Denis, Peluffo, Pera, Pinedo (F.), Pinedo (M. A.), Ponce, Robirosa, Roca, Rolas, Romero, Seguí, de la Serna, Silva, Uriburu (F.), Urquiza, Varela, Varela Ortiz, Vedia, Vieyra Latorre, Vocos Giménez, Yofre, Zavalla. — **Ausentes con licencia:** Paz — **Con aviso:** Argerich, Astrada, Dantas, Fleming, Fonseca, González Bonorino, Hernández, Iturbe, Lamas, Luna, Olmos, Ovejero, Victorica, Villanueva. — **Sin aviso:** Astudillo, Berrondo, Comaleras, del Carril, García, García Vieyra, Irigoyen, Laferrère, Luque, Mohando, Naón, O'Farrell, Padilla, de la Riestra, Rivas, Roldán, Sivilat Fernández, Uriburu (P.)

SUMARIO

- 1.—Resuelve la honorable cámara celebrar cinco sesiones por semana.
- 2.—Mensaje del poder ejecutivo y proyecto de ley creando la dirección de contribuciones.
- 3.—Despacho de las comisiones.
- 4.—Peticiones particulares.
- 5.—Solicitud de numerosos habitantes de la provincia de Santa Fe relativa á la sanción de una ley de amnistía para los que tomaron parte en el último movimiento revolucionario.
- 6.—Proyecto de ley, por el señor diputado Antenor Alvarez y otros, disponiendo la construcción de obras de defensa contra inundaciones del río Dulce en la ciudad de Santiago del Estero.
- 7.—Proyecto de ley, por el señor diputado Gouchon, acordando fondos para dar cumplimiento á la ley número 3515 que autoriza la erección de monumentos á Rivadavia, Moreno y Brown.
- 8.—Continúa la consideración del despacho de la comisión de negocios constitucionales, en el proyecto de ley de reforma de la ley de elecciones.

— En Buenos Aires, á 10 de julio de 1901, el señor presidente declara reabierto la sesión á las 3 y 35 p. m.

1

SESIONES DIARIAS

Sr. Demaría—Pido la palabra.

Voy á hacer moción para que la cámara resuelva celebrar sesiones diarias, citando para los días martes, jueves y sábados á las cuatro de la tarde.

Casi podría excusarme de fundar mayormente esta moción que se funda por sí misma. Hay pendientes de la consideración de la cámara, despachados por las comisiones, gran número de asuntos urgentísimos: cada uno de ellos importa en la mayor parte de los casos una cuestión fundamental que tiene cada ministerio en la actualidad, y hay otros asuntos sin despacho de comisión, que podrían ser despachados muy brevemente. Además, existe una larga lista de asuntos que si no tienen la trascendencia de esos otros, son también de importancia; y existen otros de interés particular, que por tener ese carácter no son menos respetables.

En la necesidad de que estas obras sean practicadas á la brevedad posible en la época de las bajas aguas, solicito de la comisión á cuyo estudio pase este proyecto, le preste preferente atención en vista de la urgencia con que son requeridas.

—Pasa el proyecto á la comisión de obras públicas.

MONUMENTOS

Á RIVADAVIA, MORENO Y BROWN

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de diputados, etc.

Artículo 1.º—Se autoriza al P. E. para invertir de rentas generales la suma de \$ 190.000 en cumplimiento de la ley número 3515 que autoriza la erección de monumentos á Rivadavia, Moreno y Brown y con imputación á la misma.

Art. 2.º---Comuníquese, etc.

Emilio Gouchon

Sr. Gouchon—Señor presidente:

La ley núm. 3515 autoriza la erección en la capital de la República de monumentos á Rivadavia, Moreno y Brown y dispone que el P. E. contribuya con la suma de \$ 190.000 á la realización de aquellos.

En las leyes de presupuesto se ha omitido incluir la partida correspondiente, al efecto indicado.

La comisión de ciudadanos designados, de acuerdo con la ley, para llevar á cabo el propósito que inspiró la ley núm. 3515 ha requerido del P. E. los fondos indispensables para iniciar sus trabajos, según el plan que sometió á su aprobación.

A fin de habilitar al poder ejecutivo para cumplimentar la referida ley y facilitar la tarea de la comisión respectiva entrego el proyecto, de que se acaba de dar lectura, á la consideración de la honorable cámara.

—Pasa el proyecto á la comisión de peticiones.

8

ORDEN DEL DÍA

REFORMA DE LA LEY DE ELECCIONES

Sr. Presidente—Continúa la discusión de la ley electoral.

Tiene la palabra el señor diputado Vedia.

—Ocupa su banca en el recinto el señor ministro del interior, doctor Rafael Castillo.

Sr. Vedia—Señor presidente:

La benevolencia con que la honorable cámara se sirvió escuchar la primera parte de mi exposición, en circunstancias, sin duda, poco favorables, en razón de la hora avanzada á que habíamos llegado, y la resolución que acaba de adoptar la misma en el sentido de sesionar dos veces más por semana, demuestran que se siente dispuesto á acordar al asunto en debate toda la amplitud que él por su propia magnitud requiere. Ya lo había dicho el señor miembro informante de la mayoría de la comisión; los precedentes también lo hacían esperar así; y digo los precedentes, porque la moción neumática de los ingleses á que aludía el señor miembro informante de la mayoría de la comisión, no fué la moción que hizo hace dos años, cuando discutíamos la nueva ley electoral, mi distinguido colega y compañero de comisión el señor diputado Fonrouge.

Habíamos discutido, señor presidente, con toda extensión, en general y en particular, el alma de la ley, es decir, el sistema electoral de la ley, y el señor diputado Fonrouge nos manifestó que correspondía, á su juicio, ya que esa cuestión estaba resuelta, aligerar la tramitación de una ley tan vasta, tratándola y votándola por capítulos...

Sr. Fonrouge—Así fué.

Sr. Vedia—Me interesa, naturalmente, al referirme á esta discusión de la honorable cámara, recordar y fijar estos antecedentes.

Voy, señor presidente, á reanudar esto que podría llamar mi conversación política respecto de los distritos, en la misma forma y con los mismos propósitos que en la sesión anterior, es de-

cir, sin ánimo de hacer discurso, sin ánimo de repetir argumentos anteriormente hechos, y en la forma llana y sintética que cuadra á un debate político entre hombres políticos.

El señor presidente de la República en su mensaje de apertura de las sesiones de este año, al referirse á la reforma de la ley electoral que luego propuso, dijo: «La reforma asegurará mejor el ejercicio de los derechos populares y contribuirá á reanimar la vida cívica en toda la nación».

¿Se referían, señor presidente, esas palabras del mensaje inaugural, al sistema de elección? Es lo que yo deseo averiguar; pero debo anticipar, que es también lo que no creo.

Los derechos populares estuvieron, á mi juicio, perfectamente asegurados en la última, elección que dió por resultado la presidencia actual de la República y la renovación de esta cámara; y me parece que puede sostenerse también, que la vida cívica renació en aquellos días, de los cuales todos debemos conservar y conservamos sin duda las más gratas impresiones. El aspecto general de la capital de la República no ha podido ser olvidado, en medio del extraordinario movimiento á que dieran lugar las elecciones del 13 de marzo; y en cuanto á la seguridad de los derechos populares, yo podría recordar y citar la elección del mayor número de las circunscripciones electorales de la capital. Pero no necesito citarlas á todas, porque me bastará referirme a una sola de ellas para demostrar en qué forma fueron garantidos en aquel día los derechos populares del pueblo de la capital.

Me refiero, señor presidente, á la elección que tuvo lugar en el distrito de la Boca. Y no me refiero á ella por el hecho de que haya resultado electo el representante del socialismo que tenemos en la cámara de diputados; no, me refiero á una elección en que el diputado Palacios, representante del socialismo, luchaba con el secretario del presidente de la República, el hijo político del candidato á la presidencia de la República, hoy presidente, y con un distinguido excolega nuestro, hijo también de un expresidente y vinculado de una manera directa á otro candidato presidencial, el señor Avellaneda.

Si en una circunscripción podía librar, un candidato á diputado, fuera del alcance de la influencia política activa, una lucha como aquella en que debía for-

zosamente tener en su contra todo lo que resultaba por lo menos de las influencias morales que actuaban en favor de los otros, digo yo que esta muestra, repetida por cierto en muchas otras partes de la capital, bastaría para significar cómo fueron garantidos esos derechos populares en la elección del 13 de marzo.

Pero, podrá decirse: esta ley ha reanimado la vida cívica en la capital de la república, pero no ha surtido igual efecto en las provincias.

La cuestión es de otro orden. Aquí tenemos que contestar á los que eternamente, con todos los sistemas y en todos los tiempos, han negado que los derechos populares estén garantidos en las provincias de la República.

Podríamos recorrerlas, señor presidente, en su mayoría, para justificar la verdad de las afirmaciones que hago: pero como en el caso anterior, me bastaría referirme á cuatro ó cinco elecciones solamente. Me bastaría referirme á la elección de Tucumán en que el señor Paz, autonomista, derrotaba en una lucha casi igual, que hacia incierto su resultado, al ex ministro de gobierno de Tucumán, el señor Gigena, que acababa de renunciar su cartera para presentar su candidatura; me bastaría citar la lucha que La Rioja vió por primera vez, después de mucho tiempo en que no le había sido absolutamente necesario mover elementos, entre el señor diputado Carreño y el señor Lanús; me bastaría recordar la lucha del Rosario, entre el señor Ledesma y el señor de Latorre, por ejemplo, lucha librada á pura fuerza de vida cívica y de elementos populares; y me bastaría, señor presidente, para concluir, referirme al caso de Salta, en que el señor diputado Latorre, republicano, luchaba con un pariente del gobernador de la provincia, á quien derrotó para llegar á esta cámara.

Estos son hechos exactos, y los señores diputados de la oposición de Tucumán, de Entre Ríos y de Salta que se sientan en esta cámara, están defendiendo dos cosas: están defendiendo en primer término la bondad del sistema, y en segundo termino la bondad de las situaciones á cuyo amparo ese sistema ha podido desarrollarse.

Pero es que el señor presidente de la República, en su mensaje, no alude, cuando dice que la reforma aseguraría mejor el ejercicio de los derechos po-

pulares y contribuiría á reanimar la vida cívica en toda la nación, no alude al sistema uninominal sino al conjunto de las reformas fundamentales que propone; alude á la circunscripción incluida efectivamente dentro de ellas, alude á la publicidad del sufragio; al régimen de las penas, á la renovación del registro cívico. De todo ese conjunto sí puede efectivamente resultar, y resulta acaso, que garantizaría mejor el ejercicio de los derechos populares. Pero ¿qué se han hecho, señor presidente, todas aquellas reformas? ¿En virtud de qué estamos discutiendo ahora este proyecto, reducido al punto de la circunscripción, desalojadas del debate las modificaciones fundamentales, insisto, á que se ha referido en su mensaje el poder ejecutivo y respecto de las cuales ha reiterado opiniones el mismo poder ejecutivo en el mensaje que acompañaba á este mismo proyecto de ley?

El señor miembro informante demostraba que se había recurrido á una táctica parlamentaria respetable: la mayoría no había querido perturbar esta reforma de la circunscripción con la discusión que los opositores de la vuelta al sistema de lista podrían hacer sobre otros puntos para extender este debate.

Sr. Lucero—Al contrario, señor diputado.

Lo que la mayoría no ha creído prudente es perturbar las demás reformas fundamentales que fuera necesario introducir en la ley con la discusión de la derogación del sistema uninominal.

Sr. Mugica — Pero entonces debió despachar las otras reformas y dejar para después la de la circunscripción.

Sr. Lucero—No; porque el criterio perturbador en el debate electoral no es el que se refiere á la reforma en cuanto al procedimiento, al voto y á la penalidad, sino el que se refiere al sistema de escrutinio, á la circunscripción. Lo que causa la mayor perturbación en el debate, en efecto, es la discusión misma de la circunscripción, la discusión del sistema electoral propiamente dicho; y á objeto de que este debate en general de la ley se haga en un ambiente apropiado y tranquilo, la mayoría de la comisión ha creído conveniente aconsejar tan sólo la reforma del sistema electoral propiamente dicho, esto es, la derogación del sistema uninominal.

Sr. Vedia—Yo me acojo inmediatamente á la interpretación que el señor

diputado da á sus propias palabras, y puedo partir de ellas con la misma facilidad. Pero recuerdo que el señor diputado—sin ánimo absolutamente de hacer cuestión—argumentando en el sentido á que yo me refería, aludió á la misma necesidad de defensa que había sentido hace dos años la mayoría partidaria de la circunscripción, con la moción que llamaba neumática para votar la ley por capítulos. •

Sr. Lucero—Y cuya repetición no deseamos.

Sr. Vedia—De manera que relacionando el señor diputado una y otra cosa, pude yo entender perfectamente que deseaba secuestrar esta cuestión del distrito, para el fundamental, á las complicaciones del engorroso debate á que darían lugar todas las otras reformas.

El caso no es nuevo, señor presidente; y se me ha de permitir á este respecto una única digresión.

Estamos discutiendo lo que podría llamarse el bill de los diez minutos de Disraeli.

Disraeli envió al parlamento inglés en 1867 un amplio proyecto de ley en que entraban como reformas, precisamente, el censo como base de la elección, la pluralidad de sufragios y el escrutinio secreto.

Pero dice Mac Carthy que Disraeli se había preparado como uno de aquellos comerciantes que ofrecen á la venta un artículo y le dicen al interesado: «Esto es lo único que tengo», á la vez que le ponderan todos sus méritos singulares. Al interesado no le conviene el precio del artículo. Va á terminar la negociación y á retirarse, pero en ese momento dice el comerciante: «No, no se vaya: ahora me acuerdo que tengo otro; no es tan amplio, no es tan bueno, no es de apariencia tan excelente, pero le va á servir admirablemente». Así se ha introducido acá este proyecto chico, igual al segundo proyecto de Disraeli, que fué llamado por una indiscreción de un famoso ministro, John Lubbock, el bill de los diez minutos.

Sr. Lucero—¡Ojalá fuera así!

Sr. Vedia — Se llama el bill de los diez minutos por que cuando llegó la necesidad de sustituir el más liberal, hubo que hacer una reunión precipitada en el gabinete.

Eran las dos de la tarde; lord Derby debía hablar en una reunión conservadora á las dos y media, y Disraeli estaba comprometido á llevar el proyecto

á las cuatro. Miraban todos ansiosamente los relojes, y diez minutos faltaban, repito, para la hora en que debía salir lord Derby, cuando se resolvió redactar rápidamente el proyecto sustitutivo.

John Pakington dice: «No era una decisión muy sabia, lo confieso, pero ¡qué hacer! Si al menos hubiéramos tenido una hora de tiempo!»

Sr. Lucero—Hay que reconocer que en Inglaterra proceden con mayor celeridad.

Sr. Vedia—Pero hay que reconocer que lord Derby no tenía que asistir á la reunión conservadora de las dos y media: lord Derby venía esta vez de Córdoba en la persona de mi distinguido amigo el señor diputado Yofre. (*Asas. Aplausos.*)

Sr. Yofre—Algo debe dolerle al señor diputado cuando así se dirige á mí, que he guardado silencio, que no le he interrumpido en nada, para rendirle toda la consideración que merece.

Sr. Vedia—Muchas gracias.

Sr. Yofre—Deploro no tener el remedio que necesita para la herida que debe sentir.

Sr. Vedia—¿Herida? Las heridas sanarán en todo caso para el pensamiento que estoy defendiendo con tanto calor. No tengo, no puedo tener ningún interés que se traduzca en un rozamiento de amor propio.

Sr. Yofre—Está ya satisfecho el señor diputado.

Sr. Vedia—¿Dónde está, señor presidente, Disraeli? Yo no sé si está en el gabinete; me inclino á creer que está en la mayoría de la comisión de negocios constitucionales.

Pero recuerdo que hubo que abandonar el bill de los diez minutos, hubo que volver al proyecto grande, aunque eso costó desgarramientos, aunque el general Peel abandonara el ministerio, aunque lord Cambourne tuviera que seguirle.

Volvieron al proyecto grande; yo no sé si nosotros vamos á volver en este período; pero lo que yo si espero es que tendremos que volver muy en breve...

Sr. Martínez (J. A.)—Pero como no somos ingleses...

Sr. Lucero—Y como una vez que háyamos terminado este proyecto de ley entraremos á preparar las demás reformas que sean necesarias...

Sr. Vedia—Es una halagadora promesa del señor diputado...

Sr. Lucero—La he presentado al

hacer el informe á la honorable cámara.

Sr. Roca—Debo hacer notar que se trata de un informe de comisión. El señor diputado Vedia es miembro informante,—por sus razones,—de la minoría de la comisión; y él recordaba oportunamente el otro día, que no hay precedente en la cámara de que el miembro informante sea interrumpido en su discurso.

Yo deearía, señor presidente, que se mantuviera la ilación del debate y que no se hiciera ninguna interrupción.

Sr. Lucero—Al señor diputado Vedia no le molestan tanto las interrupciones como al señor diputado por Córdoba.

Sr. Roca—A mi no me molestan en lo más mínimo, señor diputado.

Sr. Presidente—Continúa con la palabra el señor diputado Vedia.

Sr. Vedia—No sería extraño que el señor diputado por Córdoba tuviese mayores precauciones en defensa de los privilegios de la minoría que el mismo que habla; que toda vez yo en este caso no he querido hacerlos valer absolutamente. (*Muy bien!*) Pero precisamente estamos tratando, señor presidente, de los respetos á la minoría, respetos que yo quiero dentro de la ley de elecciones y respetos que yo quiero dentro de la misma cámara de diputados. (*Muy bien!*)

Yo debo recordar que una vez á Paul Deschanel, que ocupaba la presidencia de la cámara de diputados, se le decía que era demasiado benevolente para con la minoría, y que él contesto: «Lo primero que yo considero de mi deber aquí es defender á la minoría de la cámara». (*Muy bien!*) En este caso no hablo á nombre de la minoría de la cámara, sino que hablo á nombre de la minoría de la comisión. Como las situaciones en el recinto son iguales, yo le agradezco mucho al señor diputado Roca su reclamo en favor de este derecho para el miembro informante de la minoría; pero reitero, señor, que las interrupciones no me molestan. (*Muy bien!*)

El señor diputado Varela me dice que me convienen. Quizá, en cuanto me dan reposo; no en cuanto me puedan ofrecer ventajas de esgrima, ya que no tengo aquella habilidad á que se refería una vez el señor diputado Delcasse. (*Risas.*)

¿Para qué es buena esta ley, considerada en sus efectos políticos? El señor diputado miembro informante de la ma-

yoría de la comisión la considera políticamente buena en cuanto estamos en un momento de reintegración de opiniones y en cuanto favorece el desenvolvimiento de las coaliciones de partidos. Términos perfectamente antagónicos, señor presidente. ¿Qué quiere decir esto de favorecer la reintegración de las opiniones y favorecer al mismo tiempo las coaliciones de partidos?

Son dos términos que se excluyen. Reintegrar opiniones, creía yo que era reintegrarse uno mismo á las propias; hacer coaliciones es confundir diversas opiniones más ó menos contrarias; de manera que no me parece que pueda vincular políticamente el señor diputado estos dos extremos.

En cuanto al partido nacional, á que yo pertenezco, juzgo que está reintegrado y lo juzgo, no con arreglo á la separación anterior, de la que no tengo para qué ocuparme, sino con arreglo á los movimientos á que dió lugar la convención de la cual resultó presidente de la república el doctor Quintana.

Sr. Lucero—Me refería á los adversarios del partido nacional.

Sr. Vedia—No podía referirse el señor diputado á los adversarios del partido nacional, cuando hablaba de reintegración de opiniones, desde el momento en que quería facilitar por otra parte las coaliciones á que ellos se entregan. Nó. Yo creo que no hay fuerza política en el país, en este momento, á la que le convenga, con relación al gobierno, la reintegración de opiniones.

El partido nacional, rehecho completamente y en absoluto al día siguiente de la campaña, no tiene por qué buscar leyes que le permitan ¿qué? reintegrarse de nuevo? En absoluto! Y el presidente de la República, que está sobre los partidos, y que ha constituido un gabinete de representantes de todos los diversos matices de la opinión, no puede tampoco querer una reintegración, porque la reintegración ¿qué sería? Sería la vuelta á sus respectivas agrupaciones de todos los hombres de los distintos partidos que han venido á formar este conjunto nacional.

Después, señor presidente, me parece un poco paternal este empeño de ofrecer á las coaliciones esta ley. La coalición, á lo que entiendo, no la pide. La representación de las tres fracciones en esta cámara no la acepta. Luego, las leyes no se hacen para las coaliciones; las leyes tienen que mirar un

poco más allá del tiempo que dura una coalición en nuestro país, tan completamente inestable en materia política. Nó; las leyes se dictan para los partidos; y es á nombre de ellos y de las luchas que ellos deben librar en los comicios, que hay que venir á hablar aquí, cuando se trata de reformar una ley electoral.

Yo creo que no fué el sistema uninominal el que impidió á los adversarios de la convención de octubre vincularse; absolutamente: fué que no tuvieron la bandera común.

Si hubieran tenido la bandera común que oponer á la de la convención de octubre, el sistema uninominal no los habría absolutamente estorbado. No fueron unidos á la lucha, precisamente porque les faltó ese centro, ese núcleo.

Señor presidente: cuando se trata de favorecer á los partidos y el desenvolvimiento de ellos mismos, á fin de poder fundar el gobierno de opinión á que nuestro país tiene derecho, lo que primero debe asegurarse es aquello á que el señor presidente de la República se refería: el ejercicio de los derechos populares por una parte y la reanimación de la vida cívica por la otra; y yo sostengo que no hay partido que pueda perdurar en el país, sin entregarse á la conspiración y á las prédicas insensatas, á que aludía, aunque no con las mismas palabras, el señor diputado Lucero, después de una elección por el sistema de lista, cuando no puede prolongarse siquiera en la vida parlamentaria que es la lucha, que es la acción política de todos los días, por la minoría que traerían en virtud de un sistema electoral adelantado y que ya ha traído con este sistema de la elección uninominal que queremos ahora destruir para volver al régimen antiguo.

Sostengo, señor presidente, que la lista divide más que la circunscripción á los partidos políticos. La lista es el comité, y ya sabemos lo que son las resoluciones de los comités. El ciudadano que lleva á él sus más justas aspiraciones, cuando no las logra, se retira con el consiguiente sabor amargo: ó le han denegado una justicia, ó le han denegado un favor. De ahí proviene el debilitamiento de los entusiasmos cívicos, en virtud de la forma en que las listas de diputados salen de los comités, ya sea bajo el patrocinio de la influencia directiva ó bajo el patrocinio de los mismos comités, constituidos siempre,

sostengo, sin base de proporcionalidad que les dé autoridad alguna á ese respecto; mientras que la lucha de la circunscripción pone á prueba el temple, el carácter y el valimiento político de cada candidato, así como su adhesión al partido á que pertenece.

Yo preguntaría al señor diputado Lucero en qué forma ha podido sentir debilitada la filiación política de los diputados que han llegado á esta cámara cualquiera que sea el partido á que pertenezcan, por medio de la circunscripción. Nó; han venido con sus opiniones perfectamente íntegras, y quizás con cierta satisfacción de amor propio de haber vinculado en un esfuerzo electoral la acción de su propio partido á su propia acción personal. (*¡Muy bien!*)

Ya hemos visto, señor presidente, cuánto es la lista de asfixiante, cómo impide el desarrollo de las ambiciones y de las aspiraciones populares, y á penas si he de permitirme, para concentrar en una referencia todas las doctrinas, hacer la que he tenido respecto de un día histórico sobre este particular.

Una mañana, señor presidente, el ministro de la guerra, don Adolfo Alsina, se presentó al presidente Avellaneda en su domicilio particular, y le dijo: «Hoy estalla la revolución; no tendrá éxito; todas las medidas para contenerla están adoptadas; pero es preciso que salga á la calle, y es necesario estimularla en ese sentido».—«¿No encuentra usted otra cosa que hacer? le preguntó Avellaneda».—«No encuentro otra cosa. Usted tiene grandes deberes ante su país; usted tiene que desenvolver su plan de gobierno y no ha de poder desenvolverlo mientras esta revolución, que en otra forma se mantendrá, no quede absolutamente destruída». Avellaneda le pidió tiempo para reflexionar; Alsina quedó en volver á las doce; pero en el intervalo de dos ó tres horas, Avellaneda mandó llamar á José María Moreno y le dijo, «Acabo de tener con Alsina esta conversación; pero yo creo que hay otro remedio. Hágame el gusto de solicitar una entrevista del general Mitre.» El general Mitre estuvo en casa de Avellaneda y se hizo allí la conciliación.

Cuando Alsina volvió, su gran alma patriota tuvo todo el regocijo propio de aquella solución. Pero luego, José María Moreno, preguntándole á Avellaneda, por qué no había dejado salir á la

calle la revolución, y si no había tenido fe en las garantías que Alsina ofrecía, obtuvo esta respuesta del presidente: «Completa; pero yo he querido corregir con esta conciliación la barbarie del régimen de la lista, que provoca estos levantamientos.»

Señor presidente: todos los acuerdos, todas las conciliaciones, todas las concesiones, todo cuanto ha constituido la política del partido nacional, ha sido para corregir este régimen opresivo de la lista, hasta que un buen día, comprendiéndose que no puede entregarse por siempre á la conducta de una dirección política, ó á los instintos de un partido la suerte de los partidos adversos, se fijó en la ley, para establecerla desde ese momento como un derecho de todos, que no puede acordarse en nombre de predominios políticos, sino en nombre de la ley que respeta esos derechos al formar con las minorías las representaciones en el congreso de la nación (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Señor presidente: todos quieren traer aquí la representación de las minorías: lo quiere el señor presidente de la República, se refiere á ellas en su mensaje; lo quiere el señor diputado Lucero; lo quiere el señor diputado Carbó; lo quieren muchos hombres distinguidos que hay que colocar dentro de la larga lista de los que han batallado en nuestro país por facilitar su entrada á las cámaras de diputados.

¿Podría negarse, se negaría en presencia de la constitución de esta cámara, que el sistema uninominal nos aproxima á esta solución?

La manera como han venido representados en la renovación de la mitad de la cámara los partidos adversos, hablan por mí: pero debo reconocer, señor presidente, que una segunda renovación completaría esta fisonomía de la cámara; robustecería á la mayoría por su cohesión necesaria frente á la minoría, y daría á ésta también un mayor valimiento en las discusiones del congreso.

La cuenta, señor presidente, es muy clara; es la cuenta del profesor Orlando que interroga á un niño de colegio que no tiene absolutamente idea de representación ni de sufragio, y que le dice: En un pueblo hay diez mil electores. Seis mil quieren que sean diez los elegidos, y cuatro mil quieren que sean otros diez los representantes. ¿Qué sucede? Y el niño le contesta: Los diez

representantes se dividen: seis, para los que tienen seis mil votos y cuatro, para los que tienen cuatro mil.

Es claro! Si la justicia y la evidencia vienen desde las bancas de la escuela, por más que se desconozca en absoluto todo el mecanismo que rige la formación de un congreso.

Y aplicando este raciocinio á las circunscripciones, el caso resulta también en absoluto matemático. Un departamento dividido en seis circunscripciones, cuatro del partido nacional, pongamos, dos del partido autonomista, mandaría, por el régimen de las circunscripciones, cuatro miembros del partido nacional y dos del partido autonomista; mandaría por el régimen de la lista, seis representantes del partido nacional.

De manera que este argumento tan sencillo y expresivo en sí mismo, demuestra que puede ser defendido el sistema electoral de la circunscripción, como yo lo defiendo, con relación á la representación de las minorías ante la cámara de diputados, como si no golpeara más, diré, la misma formación de la cámara, que todos estos cálculos matemáticos á que he hecho referencia.

Señor presidente: se combate el sistema uninominal, por lo que favorece el aumento de la corrupción política, por la venalidad. No hay, desde luego, leyes corruptoras. Con todos los sistemas electorales, pasa exactamente lo mismo: en el régimen de la lista, elecciones bien dirigidas, que dependen de una parroquia muchas veces, llevarían en absoluto, á mayor altura quizá que en una circunscripción, el desarrollo de la corrupción política y de la venalidad en esa misma parroquia, que vendría á pesar con fuerza de decisión en un balance general de la elección de un distrito.

La venalidad—yo no sé si alguien lo ha dicho; debe haber sido dicho, porque esto tiene mucho aspecto de lugar común—la venalidad no es sino la sombra de la libertad.

El voto vale, señor presidente, con arreglo á lo que vale electoralmente. La venalidad está escalonada; la venalidad no es otra cosa que la *empanada* en las elecciones de lista, porque bajo el régimen de la lista, no vale el voto, seguramente más que esa empanada. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Risas.*)

Pero naturalmente, adquiriendo el voto, con el sistema de la circunscripción una importancia mucho mayor, se

cotiza más alto, dentro de la corrupción y dentro de la venalidad, tan fatales que todos combatimos, y se realiza el comercio en forma más ó menos extensa.

A este respecto, habría que recurrir al decreto aquél, propuesto por un belga, en plena asamblea:

Art. 1.º Suprímese la miseria; suprímese la ignorancia; suprímese la superstición; suprímese la ebriedad; suprímese la corrupción electoral.

Art. 2.º El ministro de utopía queda encargado de tomar las medidas necesarias para la ejecución de la presente ley. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Risas.*)

Pero la venalidad se combate. Como hemos combatido la ignorancia, como combatimos la ebriedad, así debemos combatir la corrupción; y uno de los remedios más indicados para combatir la venalidad, es el voto secreto del célebre gran proyecto de Disraeli, es el voto secreto del gran proyecto del poder ejecutivo.

Del fraude, felizmente no se hablado; pero corresponde á la minoría hacer notar, siquiera sea de paso, la eficacia de la ley contra el fraude electoral; eficacia que habría sido mayor quizás, modificando, en la forma que el poder ejecutivo deseaba, el régimen de las penas.

Considero, señor presidente, un grave error del poder ejecutivo, al que todos deseamos una marcha fácil y próspera, esta proposición de la vuelta al sistema de la lista.

Dentro de las declaraciones políticas del poder ejecutivo, es indudable que nada le interesa más que el juego regular de los partidos y que nada está tampoco más dentro de su ánimo que sobreponerse á ellos para presidir estos movimientos en la forma propia de los altos deberes constitucionales del primer magistrado de la República.

Pero, señor presidente, esta ley, que vuelve al sistema de la lista, le va á crear indiscutiblemente innúmeras dificultades. Se las va á crear, porque siendo la lista, como yo sostengo y como es sin duda, la opresión de las minorías, éstas no se volverán jamás contra la ley, se volverán contra los gobiernos; y yo temo mucho que el poder ejecutivo reabra, por este sistema, los períodos de agitación constante que en algunas provincias han sucedido inmediatamente y con una periodicidad fatal, á la renovación de la cámara de diputados del congreso de la nación.

Señor presidente: yo entiendo que hemos sancionado, hace dos años, con la ley del sistema uninominal, un sistema que tiene todo el carácter de solución histórica dentro del país; puedo decir histórica, porque si se sancionó hace dos años recién, es también sabido que se ha perseguido con empeño durante cerca de cincuenta años.

Hemos sancionado una ley de verdadero equilibrio nacional, una ley de paz, una ley que consulta el régimen de gobierno de la República, las divisiones geográficas de la misma, sus intereses más ó menos encontrados, todo en fin lo que á la sombra de esta ley de igualdad ha podido tender en absoluto á hacer desaparecer un problema político que no debe ser del presente ni del porvenir.

Desde ese punto de vista, la he considerado ley eminentemente constitucional; en ese sentido la he votado y tiene en su favor el pensamiento nacional, las verdaderas exigencias de la actualidad y quién sabe si no las más caras esperanzas del porvenir.

Estimándola de este modo, es claro que yo no puedo juzgarla fuera de la constitución de la nación. El argumento con que el poder ejecutivo estudia esta faz de la cuestión es aquel argumento que yo considero destruido, no una sino varias veces en la discusión de esta misma ley y que se funda en las palabras: «Las provincias consideradas como distritos de un solo estado.»

Me parece que el diputado Daract, que creo fué quien abordó con mayor extensión esta faz del asunto, miembro actualmente de la Suprema corte de justicia de la nación, estableció bien claramente, cómo con esa cláusula sólo se había querido evitar la confusión de dos jurisdicciones en una misma elección, á imitación de la constitución suiza que prohibía dentro del régimen de la elección uninominal, la vinculación de parte de dos cantones en un mismo colegio electoral.

Llego, señor presidente, á la parte final de mi informe, y pido disculpa á la cámara por tener que detenerme todavía; pero debo hacerlo porque supongo que espera, en la gallardía de su guardia, el miembro informante de la mayoría de la comisión, que invitaba especialmente, golpeando con el pie sobre la pedana, á que se le rebatieran sus dos argumentos fundamentales, el núcleo de su convicción, el centro indestructi-

ble donde se han quebrado y se quebrarán todas las impugnaciones.

El argumento consiste en que, por el sistema uninominal, la mitad del cuerpo electoral no concurre á la renovación, y como consecuencia que la renovación no es total. El señor diputado se abstrae, y yo también me voy á abstraer, del caso tantas veces traído al debate, de la provincia de San Luis, que en el régimen de la lista no vota sino cada cuatro años... Yo no sé por qué los puntanos serían una excepción en este caso, si fuera necesario que eligiesen todos los distritos á la vez. Esto se refiere naturalmente al carácter nacional de la representación, que no se siente afectado en forma alguna porque vengán diputados electos cada dos ó cada cuatro años.

La renovación total de la cámara se impondría más que en el régimen uninominal en el régimen de la lista, y voy á decir por qué.

Renovándose la cámara por mitad cada dos años, eligiendo todo el distrito, la voluntad del mandante ha podido variar, y entonces, cuando la mitad de una representación de hace dos años viene á completarse con la voluntad de una diputación de hoy, cuando las opiniones políticas de la mayoría son distintas, cuando el mandante ha cambiado, lógicamente la primera parte de la representación estaría absolutamente mal en las bancas del congreso: su deber sería renunciar, puesto que se ha llamado á todo el distrito en virtud del cual vinieron hace dos años, para renovar la otra mitad de la representación, después de dos. (*Muy bien!*)

Con la circunscripción no sucede absolutamente eso, porque el mandante no cambia. Cada circunscripción elige para cuatro años después; su voluntad nadie la va á consultar, ni afecta absolutamente á la voluntad de otro diputado.

De manera que, políticamente, con el sistema de la lista la voluntad de los últimos llegados anula la autoridad política y moral de la mitad que entró hace dos años, á menos que sean electos bajo el mismo sistema político, bajo el mismo partido y con el mismo mandato. (*Muy bien!*)

Pero, señor presidente: hay elecciones parciales donde hay elección uninominal. La hay en Bélgica. El artículo 51 de la constitución belga manda renovar por mitad el parlamento y establece

simplemente la renovación total para el caso de disolución. De ahí viene esto de la renovación total. Proviene de la facultad del poder ejecutivo de disolver el congreso, y entonces, naturalmente, no ha podido pensarse en disoluciones parciales sino en disoluciones totales. Esto es lo que ha motivado en primera línea la disposición, tomada después por otros países, en virtud de la cual el congreso se renueva por totalidad.

La minoría, señor presidente, debe presentar también su núcleo de argumentación, su centro de resistencia, y debe invitar especialmente á que se le destruya. Lo que no se puede probar, señor presidente, es que en el congreso cada diputado haya de tener una capacidad distinta y que la condición del elector deba responder también á derechos desiguales. No es admisible que los ciudadanos argentinos estén divididos en razón de la provincia en que les toca votar y tengan mayor ó menor parte en la formación de esta cámara, cámara que representa al pueblo de la nación á razón de uno por cada 33.000 habitantes; y nadie me puede poner á mí, por el hecho de ser un elector de Jujuy, de La Rioja ó de cualquiera de las provincias de escasa representación, en situación inferior á la de un ciudadano que debiendo tener mi misma capacidad, vota en Santa Fe ó en Buenos Aires por quince ó más diputados.

Sr. Fonrouge—Lo mismo sucede con el distrito.

Sr. Vedia — ¡No, señor! ¡Absolutamente! En el distrito, es decir, en la circunscripción es uno por cada 33.000 habitantes.

Sr. Fonrouge—O fracción.

Sr. Vedia—Las diferencias que resultan, porque no es posible establecer un padrón matemático para la elección, son en virtud de los desequilibrios de la población dentro de los 33.000 habitantes; pero siempre los representan. En este caso, yo, diputado por Jujuy, elegido por 2.000 votos, ¿por qué voy á tener á mi lado á mi distinguido colega elegido por 40.000? Yo me sentiría deprimido al lado del señor diputado, como el elector de uno está deprimido en su situación superior con respecto al elector de 10.

Eso no ha querido la constitución; ha querido que todos traigamos una capacidad igual; por eso es que esta ley uninominal es ley de equilibrio nacional, y por eso encuadra tan bien dentro del

régimen federal de la nación. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! en las bancas. Aplausos.*)

Este es el argumento núcleo, y yo desafío á que se me conteste.

Señor presidente: siento que la cámara se ha dado cuenta inmediatamente de la verdadera importancia del argumento; y enemigo como soy de buscar efectos, no he de tratar de presentarlo con más vivacidad ante los señores diputados.

Llamo especialmente su atención sobre él, cuando repito, para terminar, que partiendo de esta base debe medirse mucho la vuelta á la lista, y debe relacionarse esta diversa capacidad de los ciudadanos que la lista establece y esta diversa capacidad del elegido, con el pensamiento que ha perseguido la sanción de esta ley desde el punto de vista de su igualdad, desde el punto de vista del equilibrio nacional, y desde el punto de vista de los intereses históricos que resuelve.

No tengo, señor presidente, por qué subrayar más ante hombres políticos los comentarios que surgen de esta última parte de mi exposición.

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas y en la barra.*)

Sr. Ministro del interior—Pido la palabra.

Propiamente, no me incorporo al debate iniciado en esta honorable cámara sobre la importante cuestión que ha sido sometida por el poder ejecutivo. Más bien vengo á afirmar un propósito de gobierno manifestado con claridad, con precisión y con firmeza por el actual presidente de la República.

Cuando los hombres de estado ocupan las altas posiciones de un país, cuando son conscientes de los deberes que comporta el cargo y de su gran responsabilidad, entiendo que llegan allí con un pensamiento y con un propósito, y que el deber más elemental es presentarlo á la consideración del país para que éste lo acoja si concuerda con sus necesidades y con sus sentimientos, ó para que lo discuta como medio de gobierno.

El señor presidente ha debido al someter este asunto á la consideración del congreso, pulsar naturalmente el sentimiento de la opinión pública, ha debido pulsar también el sentimiento del parlamento. Se ha preocupado especialmente de la opinión dominante en el seno de esta honorable cámara; ha creído que satisfacía una necesidad política del país, de la mayoría del par-

lamento y que satisfacía también una propia inspiración de su patriotismo.

Necesito, en una cuestión de esta naturaleza, fijar de un modo muy definido el pensamiento del señor presidente de la República. Yo no debo traicionarle ni por un exceso de palabra ni tampoco dando libre expansión á propias aspiraciones y á propios sentimientos, puesto que como los señores diputados, antes como hoy, soy también un hombre político.

La primera intención del señor presidente al estudiar este asunto fué someterlo en forma limitada, sintética, tal como lo ha despachado la mayoría de la comisión de negocios constitucionales; pero avanzando en el estudio del mismo ha reconocido la necesidad, la conveniencia que había de abordar otros puntos que reputa fundamentales, no sólo para conformar esta ley á los principios constitucionales, sino también para procurar todos los resortes y todos los elementos necesarios á fin de que el mecanismo institucional funcione con la mayor regularidad.

Motivado en este estudio y en observaciones de la experiencia que se ha hecho de la ley de 1903, sometió el proyecto de que tiene conocimiento la honorable cámara.

El ministro que habla asistió al estudio que efectuaba la comisión; se dió cuenta de las primeras disidencias y posteriormente la mayoría de ella insinuó como necesidad también y como conveniencia que por ahora, y por las razones que ha expresado su miembro informante, se limitara su dictamen al punto concreto de la elección uninominal.

La primera prueba de la consideración y del respeto que al poder ejecutivo le merece la honorable cámara, está en su conformidad con la mayoría de la comisión.

Las comisiones de la cámara, por regla general, son representativas de los sentimientos de su mayoría; y aunque la comisión estaba dividida, la mayoría de ella pensaba que era indispensable circunscribir por ahora, su despacho, á este punto de la elección. El poder ejecutivo no ha podido oponerse; y es así como vengo con el propósito de circunscribir también mi exposición á este único punto que ha despachado la comisión de negocios constitucionales.

Las leyes electorales son materia legislativa que depende de la considera-

ción del honorable congreso, ó son materia constitucional que depende de las convenciones. Esta es una cuestión que no se discute en teoría, ni con abstracciones. Es una cuestión que está ó no está claramente explicada en las constituciones que se dan los diversos países. Entre nosotros entiendo que la cuestión electoral ha sido tomada en consideración por la convención constituyente y que ha fijado bases expresas, categóricas, que no es admisible, en concepto del poder ejecutivo, que puedan ser alteradas. Otras constituciones dejan á las sanciones legislativas la mayor ó menor movilidad de sus disposiciones, según las diversas situaciones políticas en que sea necesario dar satisfacción á los múltiples intereses que pueden debatirse en el parlamento. Entiendo que por más ilustrativo que sea el juicio comparativo que se hace de la constitución que rige en nuestro país con las que rigen en otras naciones más adelantadas y cultas, no es completamente admisible en nuestro caso, teniendo en cuenta principalmente el régimen de gobierno que hemos adoptado.

Estamos muy familiarizados con la costumbre de invocar antecedentes legislativos y prácticas de gobierno en las naciones más adelantadas y cultas del viejo continente. Las libertades civiles y políticas de Inglaterra son y serán por mucho tiempo una gran aspiración para todas las naciones modernas. Espero y confío que á ello hemos de llegar; pero será necesario que tengamos también tradición ó educación y costumbres.

Lo que digo de Inglaterra, se puede decir de Alemania y también de Italia. Francia especialmente, donde rige un sistema republicano de gobierno más semejante al nuestro, podría con mayor motivo servirnos de modelo; pero tampoco es comparable la situación constitucional del gobierno de Francia con la situación constitucional del gobierno de la República Argentina; y aquí escribo, en mi concepto, la diferencia más fundamental que demuestra que si el sistema de la elección uninominal es no solo posible, sino en muchos casos conveniente en aquel país, es completamente imposible y fuera de los términos y de la interpretación constitucional en el nuestro.

La Francia resuelve sus cuestiones más fundamentales de organización, y de gobierno, en sus leyes electorales.

Nosotros no podemos discutir cuestiones constitucionales que se relacionen con la organización del gobierno. En Francia rige un sistema parlamentario de gobierno; entre nosotros, rige un sistema eminentemente presidencial. Acaso la elección por circunscripción es la que da razón de ser al régimen parlamentario, y acaso y por una razón inversa, el régimen parlamentario es el que determina la elección por circunscripción. Y se explica. La multiplicidad de ideas nuevas, de necesidades nuevas que dividen á las sociedades de aquellas naciones viejas, hace necesario que vayan representados al parlamento multiplicidad de intereses. La coordinación de voluntades, de opiniones y de intereses en las distintas circunscripciones, más que difícil se hace imposible. Entonces la tarea que en este país, como en muchos otros, queda confiada á la acción de los partidos políticos, allí se trasporta al parlamento mismo. Así es como se explica que los partidos políticos se formen dentro de las mismas cámaras, y cuando la disociación de ideas á que se refería el señor miembro informante de la mayoría, se hace en forma tal que haga peligrar siquiera, no ya la estabilidad de las instituciones, sino la estabilidad y el desenvolvimiento regular del gobierno, entonces en Francia, que tiene como sistema de gobierno la forma republicana, tiene el poder ejecutivo la facultad de disolver el parlamento, aunque con acuerdo del senado.

Yo me digo: si entre nosotros rige el sistema presidencial, si entre nosotros la división de la opinión pública, por razón de ideas ó por razón de intereses, está tan circumscripita á esta única ciudad capital de la República sin que aquí mismo sea posible todavía afirmar que dentro del gran distrito de la constitución ó dentro de la circunscripción de la ley vigente, se pueda encontrar ciudadanos calificados con relación á intereses singulares que deban ser representados en esta cámara. Si se toma en la capital de la república las secciones más centrales, no se podrán formar agrupaciones que no representen á la vez los intereses del gran distrito de la constitución en el orden del comercio, de la industria y aun de las necesidades morales. Y lo que digo refiriéndome á la capital, se puede decir con referencia á todo el país.

Por eso es que yo encuentro justifi-

cado el argumento de muchos de los grandes y distinguidos ciudadanos que han resistido la implantación de este sistema en el país, cuando dicen que si hubiera ideas que dividan políticamente á los hombres y justifiquen el establecimiento de una circunscripción, esas ideas son necesariamente inferiores á las grandes ideas que deben debatirse en el parlamento.

El sistema de la lista, se dice, es pernicioso para las libertades públicas, es contrario á todos los intereses; acaso ha retardado al país porque ha dado origen á levantamientos armados y muchos otros inconvenientes, á que especialmente se han referido los señores diputados que ya han usado de la palabra.

Antes de tocar este punto, séame permitido hacer una historia sintética, muy breve, de este asunto relacionado con las circunscripciones electorales, de lo cual puede deducirse que si pudo afectar el sentimiento de muchos ciudadanos en el país, jamás llegó á ser ni materia de las deliberaciones de un comité; jamás lo sostuvo como un propósito, partido alguno, y ni siquiera los órganos de publicidad más representativos del país.

Como es notorio, aparece por primera vez esta cuestión en el parlamento, iniciada por tres miembros de esta cámara en el año 1863. Discutida y sostenida la tesis contraria por el ministro del interior, en nombre del poder ejecutivo, la idea es derrotada por gran mayoría en la cámara de diputados.

Se proyectan modificaciones á la ley electoral en el año 1866, sin que se haya hecho mención siquiera de la cuestión de las circunscripciones.

Llega el año 1873, y se promueve nuevamente en la cámara de diputados la discusión de esta ley, que es igualmente derrotada.

Alguno de los distinguidos miembros del congreso que se han ocupado especialmente de este punto, decía: El año 1873 la idea no prosperó en la cámara de diputados, porque las opiniones políticas que debían dar por resultado muy próximamente la elección de un nuevo presidente de la República, se encontraban divididas; y es así como los avellanistas, calculando su vinculación con los alsinistas, rechazaban la ley, porque no les convenía alterar su estado político; y á su vez á los mitristas, que contaban con los votos de la provincia de Buenos Aires, tampoco les convenía alterar la ley.

Esto era el año 73, cuando era presidente de la República el señor general Sarmiento, y cuando era ministro y candidato á la presidencia de la República el señor doctor Avellaneda.

Se repite la iniciativa el año 83. El doctor Víctor Molina, que iniciara este asunto el año 90, refería en una breve historia esto que dejo enumerado, y cuando llegaba al año 83, decía: «No se hizo cuestión política de este asunto. Apenas por pocos votos fué desestimado el proyecto por la cámara de diputados.»

Pero otro diputado que sostenía las mismas ideas en la discusión del 90, como si quisiera fijar su situación personal, por el cambio de opinión, me refirió á mi particular amigo el señor José Miguel Olmedo, decía que él había votado el 83 en contra de la elección por circunscripciones, no obstante el respeto que le merecía la austeridad y el patriotismo de aquel distinguido y malogrado diputado doctor Achával Rodríguez, que iniciara el asunto; que había votado en contra, por un acto de lealtad y de consecuencia política hacia el gobierno que presidía el señor general Roca, porque entendía que así cumplía sus deberes partidistas, mucho más cuando había podido observar que proponían la cuestión de la elección por circunscripciones, precisamente todos aquellos diputados que, por una ú otra razón, iniciaban una campaña parlamentaria en contra de aquel gobierno.

El año 84 es nuevamente iniciada esta cuestión, y el parlamento la desestima. Aquella vez la desestimación se hizo en mérito de razones también de carácter político, aducidas en el senado precisamente por el candidato á la futura presidencia, doctor Juárez Celman.

Llega el año 90. La situación política de aquella época es de notoriedad; no necesito recordar ningún antecedente. Acaso los preliminares de aquella gran tragedia se presentaban ya en las esferas del gobierno; y el mismo ciudadano que antes, senador de la nación, había impugnado este pensamiento, lo recomendaba en el mensaje con que inauguró el período parlamentario de 1890.

Producida la revolución de julio, un gran partido hacía oposición á la situación creada por aquellos acontecimientos, un partido ampliamente representado en el parlamento sostenía al gobierno que presidía el doctor Pellegrini, y un grupo limitado, pero anheloso, patriótico,

inteligente, quedaba como si dijéramos rezagado en esta cámara, desvinculado del partido que había hecho la revolución y desvinculado del gobierno: y él inició nuevamente este pensamiento. Hago la excepción, cuando me refiero á aquel grupo, del actual diputado doctor Balestra, quien después de sostener las ideas que en él son conocidas, con el brillo y talento que le caracterizan...

Sr. Balestra—Muchas gracias.

Sr. Ministro del interior—...

fué á formar parte del gobierno presidido por el doctor Pellegrini.

Como he dicho, era un grupo, con la excepción hecha, desligado de toda solidaridad y de toda influencia del partido gobernante y del que le hacía oposición.

Si yo pretendiera un debate, leería la exposición de los diputados que sostenían las circunscripciones y del senador que aconsejara el rechazo del proyecto en la otra cámara; pero sólo diré que esa lectura deja mucha enseñanza y el más amplio convencimiento de que, en estas cuestiones electorales, no tienen razón los que dicen más y mejor, sino los que tienen un propósito más leal, más sincero y más patriótico de servir con honradez los altos y permanentes intereses del país, que todos sabemos sentir y que todos sabemos pulsar.

No he de referirme, señor presidente, á los motivos determinantes de la sanción de la ley que rige actualmente; á ellos se ha referido el señor miembro informante de la mayoría de la comisión y me atengo por mi parte á sus opiniones y al concepto con que encaró aquel acontecimiento.

Si esta ley ha sido tan útil, si esta ley ha sido tan conveniente, si ha sido tan constitucional, á cualquiera se le ocurre preguntar: ¿por qué razón no ha sido sancionada antes? Yo dejo todo el comentario que sugieren los hechos que he enumerado á la ilustración y á la penetración de la honorable cámara.

Por mi parte, me bastará recordar que no es nueva ni es deficiente la experiencia de la elección por circuito y que fácilmente pueden compararse los efectos de este sistema electoral con los efectos del sistema de la lista. Las provincias casi en su totalidad, han tenido desde tiempo inmemorial el régimen electoral del circuito, y en toda la prosperidad, el adelanto y la cultura de nuestros partidos políticos se ha podido ha-

cer sentir con mayor ó menor intensidad pero sin que en ningún caso se haya señalado un progreso institucional en materia de elecciones que pueda atribuirse al circuito; y en cuanto al régimen de la elección por lista en el orden nacional, no ha estorbado el desenvolvimiento regular de las instituciones y del gobierno, habiendo estado en todos los tiempos dignamente representados los intereses del país en el parlamento, sin que exista prueba de que en una sola época haya prevalecido la unanimidad de un partido, habiendo casos, relacionados con libertad comicial, que son completamente honrosos para el país y para el gobierno, lo cual prueba que la lista no es un inconveniente para la práctica regular del sistema que nos rige.

El partido que se formó con motivo de la revolución del 90 ha tenido la actuación que es de notoriedad; y vencido por la acción reguladora de los poderes públicos de la nación, cuando pretendía imponerse por medio de la acción revolucionaria, pudo triunfar en comicios libres en esta capital y en la provincia de Buenos Aires, lo cual prueba también que la lista no es un inconveniente ni para el ejercicio regular de los derechos del ciudadano ni para que los gobiernos puedan ofrecer los medios de que satisfagan ampliamente sus anhelos.

Hechas estas ligeras consideraciones, señor presidente, respecto de este asunto, deseo hacerme cargo muy brevemente de los fundamentos con que ambos miembros de la comisión en minoría han fundado sus proyectos. Para no molestar la atención de la cámara, voy á ser muy sintético.

El señor diputado por la provincia de Buenos Aires, que habló primero, ha expuesto con bastante extensión y con mucha elevación los propósitos que le han guiado en su disentimiento con la mayoría. Al hacerlo ha tenido conceptos muy honrosos para el gobierno de que tengo el honor de formar parte. Se los agradezco íntimamente. Pero si bien yo podría afirmar que hay conformidad en todas las aspiraciones que ha enunciado, y en los móviles que le han guiado, es indispensable que me haga cargo de la manera de apreciar la conducta del actual poder ejecutivo al manifestar con franqueza y con sinceridad los motivos que le han determinado á someter á la consideración del parlamento la reforma de esta ley.

Ha creído encontrar el señor diputado alguna inconsecuencia de parte del señor presidente de la República; ha creído encontrar acaso alguna falta de consideración por los partidos y por los ciudadanos que han contribuido á su elección; acaso le haya podido llamar la atención la franqueza que ha empleado para estudiar la situación política del país y la sinceridad con que ha recomendado los medios conducentes para satisfacer anhelos que son comunes á todos.

Antes de recibirse del gobierno el señor presidente de la república, he podido leer lo siguiente en un documento interesante que es del dominio público: «Tal cual comprendemos en la actualidad del país la acción del gobierno futuro, impersonal, encaminado á fomentar la educación política del pueblo, hacer práctico el régimen democrático establecido en la constitución, robustecer la verdad del gobierno de las mayorías en la República por la práctica leal y sincera de las libertades políticas y el ejercicio desembarazado del derecho de sufragio y regularizar la administración del país bajo todas sus fases, — la República quiere gobernantes esencialmente de ley, que hagan profesión de respeto absoluto á los principios de la constitución, que afirmen loscimientos de una escuela política fundamentalmente principista, conscientes de la trascendencia de sus deberes y posesionados del sentimiento de su grave responsabilidad hacia el pueblo que los ha elegido.»

Tal es señor presidente, la manera de expresarse de distinguidos ciudadanos que subscriben este documento público y entre los que se encuentran los doctores Victorica, Pellegrini, Irigoyen, de la Torre, Yofre, Romero y muchos otros. Quiere decir, entonces, que lo que ha manifestado el señor presidente al recomendar la modificación de la ley electoral, es un sentimiento encarnado con anterioridad en todos los ciudadanos distinguidos de este país, que se habían reunido precisamente convencidos de que era necesario rectificar errores para encauzar las corrientes de la opinión pública en otros caminos que hicieran más fácil la realización de las aspiraciones del pueblo.

También el señor diputado, al terminar su discurso, recordaba la prosperidad económica del país; y como si no bastara su propia autoridad política co-

mo miembro del parlamento para fundar una conclusión, invocaba la opinión de un banquero extranjero, según la cual, si bien se tenía fé absoluta en la prosperidad material de esta república, no había completa fe en su estabilidad política.

No han tardado muchas horas desde aquella en que expresara estas ideas el señor diputado para que fuera contestada la opinión de su banquero como la propia con un testimonio elocuente de la banca, del alto comercio y de todo lo representativo de la industria de este país, en una elocuente manifestación hecha en el día de ayer al señor presidente de la República.

Me permitiré como réplica á aquella opinión del banquero extranjero reproducir un párrafo de la exposición formulada por los representantes del comercio internacional en este país.

Dice: «El comercio, la banca y la industria que constituyen las fuerzas productoras de la riqueza pública, y son los factores que impulsan al país en el sentido de su engrandecimiento, han visto con grata complacencia que la dirección que habéis imprimido al gobierno nos ha traído con el bienestar general la confianza en el exterior y la seguridad de que la paz no será interrumpida entre nosotros. Tan lisonjeros resultados son debidos en gran parte á vuestra firmeza, acierto y prudencia de hombre de estado.»

Queda la opinión política del señor diputado, muy autorizada por cierto, y me será permitido oponer á su concepto sobre la falta de confianza que le inspira la estabilidad política la opinión tan autorizada, tan representativa del eminente patricio que si bien retirado de la política militante, todavía cubre en muchas situaciones excepcionales del país con su alta autoridad moral y su prestigio las necesidades permanentes de la vida ciudadana.

Me refiero á la opinión benévola del ilustre general Mitre con relación al gobierno actual de la República.

Sr. Mugica—Si al señor ministro no le molestara una interrupción, aclararía un concepto, porque me parece que no ha sido alcanzado por él dentro de los propósitos que tuve al manifestarlo.

Sr. Ministro del interior—Con mucho gusto.

Sr. Mugica—Yo no he querido referirme al actual gobierno de la República cuando he hablado de la estabilidad

política del país; me he referido á las condiciones generales en que el país se encuentra. Y para hacer la afirmación que hice tomé como base precisamente la opinión del poder ejecutivo, que declaraba que en este país no prosperará el sufragio mientras no se formen partidos orgánicos.

De manera, pues, que la opinión formulada por mí está completamente de acuerdo con lo que resulta de los mensajes escritos por el señor presidente de la República.

Sr. Ministro del interior—«Mientras no se formen partidos orgánicos», señor presidente, es una frase y es un concepto. Es un concepto en el sentido de una legítima aspiración. Quien sostuviera que existen actualmente los partidos orgánicos entiendo que incurriría en un error. Los partidos orgánicos vienen persiguiéndose por todos los hombres más representativos y distinguidos de este país desde hace algún tiempo. Yo no sé si falta la idea, si falta el propósito, pero el hecho es que continúa siendo una aspiración.

Cuando el señor presidente de la República en el discurso inaugural de su gobierno decía: «Me asalta el temor de que se debiliten con este régimen electoral los partidos existentes», un distinguido ciudadano, que está fuera del país, respondía: «Solamente por ironía puede hacerse esta afirmación por el señor presidente de la República.» Me refiero al doctor Pellegrini. El doctor Pellegrini cree que no existen los partidos orgánicos; cree más: que no hay partidos, que están disueltos...

Sr. Mugica—¿Y cómo puede haber estabilidad en un país en que no hay partidos políticos y donde no prepondera el sufragio?

Sr. Fonrouge—Una cosa es un partido y otra es el sufragio.

Sr. Mugica—Pero no habiendo partidos ni preponderando el sufragio, no puede haber estabilidad política.

Sr. Vieyra Latorre—Señor presidente: es el caso de reclamar para el señor ministro las prerrogativas que ha reclamado para sí el señor diputado...

Sr. Presidente—Ruego al señor diputado que no interrumpa.

Tiene la palabra el señor ministro.

Sr. Ministro del interior—Me he referido á partidos orgánicos como una necesidad y como una aspiración de los hombres más representativos de este país.

El señor presidente de la República no ha negado la existencia de partidos, puesto que en su discurso inaugural ha afirmado que teme que si se persevera en este régimen electoral, se debiliten los partidos existentes. Entonces no faltan los partidos. No he dicho yo una enormidad al afirmar que es una aspiración la constitución de partidos orgánicos.

Sr. Mugica — Muy legítima y muy patriótica.

Sr. Ministro del interior—Entonces estamos de perfecto acuerdo con el señor diputado.

Sr. Mugica—Pero mientras no se formen no habrá estabilidad política, puesto que no prepondera el sufragio. No me explico que en un país republicano pueda haber estabilidad sin que prevalezca el sufragio.

Sr. Ministro del interior — Pero precisamente es en lo que está empeñado el poder ejecutivo; en que prevalezca el sufragio. Toda la disidencia está en el medio que elige el señor diputado y el que elige el poder ejecutivo.

Sr. Mugica — Pero mientras no se alcance eso no habrá estabilidad...

Sr. Presidente—Ruego al señor diputado que no interrumpa.

Sr. Ministro del interior — La estabilidad política á que yo me he referido, señor presidente, no es propiamente la legítima satisfacción de todos los derechos de las diversas facciones que puedan discutirse en los atrios; la estabilidad política á que me refero es aquella que derive del progreso de la razón pública, de la autoridad y del prestigio de los hombres superiores de nuestro país, que saben que la anarquía no es un medio de gobierno, para no nombrar el otro extremo que está condenado por todos los intereses del momento: la acción revolucionaria.

Entonces, no puede haber discrepancia de opiniones con el señor diputado cuando yo afirmo que los partidos existentes aún con todas sus imperfecciones pueden concurrir á los atrios, en la seguridad de que es posible el ejercicio de sus derechos cívicos con el sistema de la elección por lista ó con el sistema del voto uninominal.

Pero no es de eso de lo que se trata. De lo que se trata es de saber cuál de los regímenes electorales conviene más á las necesidades presentes del país; y yo he afirmado, en nombre del señor presidente de la República, que siento

como necesidad primordial el respeto á las instituciones, estudiándolas con amor y patriotismo, como las ha entendido el país durante medio siglo, y como las han sostenido muchos de los estadistas más distinguidos, tan distinguidos como los que han impugnado este sistema.

Entiende el señor presidente de la República que la primera condición para afianzar y consolidar las buenas prácticas del gobierno republicano es contribuir por todos los medios á que se consolide la inteligencia y la práctica de la constitución misma. El señor miembro informante de la mayoría de la comisión ha hecho una afirmación que no ha sido refutada, y espero que no lo será: el régimen constitucional prescribe la renovación de esta cámara por medio de elección popular directa cada dos años; representa al pueblo de la nación Argentina; y será imposible probar como decía el autorizado diputado Calvo el año 1883, que el pueblo de la nación Argentina elija á estos diputados, cuando solo es convocado para ese acto la mitad del pueblo de la nación Argentina. Si la prescripción es clara y terminante no habrá ley, por más ilustrada que sea con la opinión de hombres de prestigio y de talento, que demuestre que este régimen de elección es el régimen de la constitución. Esa es la inteligencia del poder ejecutivo actual, y por eso es que viene á pedir á la cámara que cambie el régimen electoral.

Sr. Iriondo—Es lástima que haya estado ausente el señor ministro cuando hablaba el señor diputado Vedia, que se refería precisamente al argumento que acaba de recordar.

Sr. Ministro del interior—No he querido hacerme cargo del argumento del señor diputado, porque no me ha parecido un argumento aceptable ni lo he visto discutido....

Sr. Vedia—Razón de más para discutirlo ahora!

Sr. Lucero—Ya tendremos oportunidad de discutirlo!

Sr. Ministro del interior—Puede discutirse; pero le declaro con toda sinceridad al señor diputado que en todo lo que se ha dicho en materia electoral y en todo lo que puede leerse en los tratadistas, no se encontrará el argumento que ha formulado. Muy bien planteado por el señor diputado...

Sr. Vedia—Me consuela de la indiferencia con que el señor ministro mira el argumento, la promesa que hace el

señor diputado por Tucumán, á quien no me había dirigido, de tomarlo en consideración.

Sr. Ministro del interior — Y á mi también me satisface, porque había dicho antes que mi exposición sería muy limitada y circunscripta, refiriéndome en todo lo demás á las opiniones emitidas y á las que espero se han de emitir por los miembros de la comisión que concuerdan en este propósito con el poder ejecutivo.

Por esta vez doy por terminada mi exposición, muy reconocido á la benevolencia con que la honorable cámara me ha escuchado. (*Muy bien!*)

Sr. Balestra—Pido la palabra.

Como deseo ser breve, señor presidente, rogaría á la cámara que levantáramos la sesión á fin de poder ordenar mis ideas y exponerlas en el menor espacio de tiempo posible.

Sr. Pinedo (F.)—Hago moción para que se levante la sesión.

Varios señores diputados—Para que se pase á cuarto intermedio.

Sr. Presidente—Se va á votar la moción del señor diputado por Buenos Aires, doctor Pinedo, de levantar la sesión.

Sr. Gouchon—Si fuera rechazada, hago moción para pasar á cuarto intermedio.

—Se vota la moción del señor diputado por Buenos Aires y resulta afirmativa de 35 votos.

Sr. Presidente—Queda levantada la sesión.

—Son las 5 y 45 p. m.